

Núria Navarrete Balaguer

La Damascena, o Nana para los huérfanos de Damasco

Llamábanla la del jazmín pues su diminuto tallo pálido enraizó en la tierra impúdica del desierto y de él surgió la flor enamoradiza sobre la que los hombres y las mujeres erigieron permanente asentamiento. Veíanse a los niños jugar entre sus pétalos durante lo que fue el breve estallido de una primavera que se escurría entre los dedos. Los oídos de los extranjeros eran endulzados por sus carcajadas cristalinas, las cuales enardecían los sentidos de igual modo que rosas humeantes de exquisito perfume o la sombra de un oasis al término de una travesía por el desierto. Adornada por sus súbditos con minarettes, alcazabas y madrasas, la flor del jazmín resplandeció con el brillo pasajero de una estrella fugaz hasta que, un día, los vientos de la guerra trajeron consigo nubarrones opacos que la privaron del fulgor del halo solar y, como rosa entre espinas, la flor tuvo que morir para regocijo de los espíritus que moran entre las dunas. Bajo el bombardeo, fue bombeo constante de hombres agarrándose las bombachas de bombasí mientras los obuses bombáceos se estrellaban contra la horma de una babucha.

Una vez se hubo disipado aquella noche sin estrellas, la cual se espació por veinte días y veinte noches, las risotadas que antes habían flotado ingravidas en el éter de cada mañana permanecieron mudas bajo los estambres marchitos de la exánime flor. Un millar de bocas se horrorizaron en el llanto sordo de un millón de cuerpos, desvelando así el fondo oscuro de las cocinas. Gemían los gigantes de adobe y ladrillo al paso de las mortajas infantiles. Flanqueándolas se encontraban las plañideras, quienes hundieron en su piel la hoja de una daga para rasgarse en las mejillas unas lágrimas de sangre a guisa de recuerdo sobre el calvario acaecido. Los más ancianos, en cambio, se buscaban a tientas en la oscuridad en pos de los mimos perdidos. Entre los escombros y las astillas de los muebles rotos, el paso marchito de la funesta comitiva les helaba el corazón. Los pequeños ataúdes entornaron el pomo helado de la verja torcida del cementerio: fueron los cuerpos de la pequeña Fátima, del chico Ismael y del vástago Daniel.

Somos los niños que fueron y que ya no serán. Aquellos que no lograron zafarse de las manos de Azrael mientras el trueno de Mijael resonaba en la tundra desértica. Serafines y querubines acudieron a nuestro encuentro en el índigo inmenso del cielo, que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista. “Nos tendremos que criar por nuestra cuenta”, me dije yo entonces, asomándome al monzón de misiles que habíamos dejado atrás. Diminutas semillas de la otrora radiante flor, ahora pasto de las llamas, que nunca enraizarán, eso es lo que somos, flotando eternamente a merced de la brisa, como antaño hizo el murmullo de nuestras risas. A la sazón recordé el día en que mi padre, con la azada aún hundida en un surco, me dijo en el jardín: “Mira los jazmines, hijo mío, campanillas durmientes que en su último aliento explotarán en una belleza efímera que se marchitará y morirá”. Y entonces fue cuando todo hizo, ¡bum!

Lo que ocurrió a continuación me está prohibido revelar. Pese a eso, imploro un último favor: díles que no he muerto. Sabed todos que bajo el manto de mi piel siguen floreciendo las flores de mil primaveras, puesto que ¡jamás hubo tanta vida entre tanta muerte! Y si el desconsuelo no remite en mamá, que la conforten mis hermanos; pues mi baba me está esperando en el Cielo con los brazos abiertos. En la esquina de una nube, allí donde los olivos y los melocotoneros están eternamente en flor y los arbustos rebosan de frutos maduros lo encontraré y padre e hijo se fundirán en un abrazo bajo el beneplácito condescendiente de los ángeles, quienes marcarán con sendas arpas y trompetas otra vez el compás de nuestros corazones, los cuales deberán abandonar su destiempo forzado. Porque sólo entonces, tornarán las risas a sonar en boca de aquellos que perecieron en la barbarie de la guerra.

Mas no sollocéis aquellos que aún disfrutáis de los frutos terrenales por lo que creéis perdido y escuchad atentamente, puesto que os revelaré un secreto. Si os escabullís una noche al amparo de la luna y os adentráis profundo en el desierto, contemplad la bóveda celeste que se eleva sobre vuestras cabezas y recibid con júbilo la miríada de estrellas

que os sonreirán desde arriba. Deberéis aguzar el oído y esperar, pero creedme que no os estarán engañando los sentidos cuando empiece a llegar a vuestras orejas el eco de unas risas lejanas y os sorprenda una súbita fragancia a jazmín. Las estrellas serán por tanto simples agujeritos en el telón pesado y renegrido de la noche por donde se escurran las risas de los niños. Y entonces, en una flagrante revelación, tomaréis lo que digo por verdad.

Todos los niños de Damasco se agarran de las manos y cantan y bailan.